LA CONSTRUCCIÓN RITUAL DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO EN LA INFANCIA: ESTUDIO DE CASO EN MOA, CUBA

Víctor Hugo Pérez Gallo - María Eugenia Espronceda Amor

THE RITUAL CONSTRUCTION OF GENDER IDENTITY IN CHILDHOOD: CASE STUDY IN MOA, CUBA

ABSTRACT

This inquiry particularized in the socializing rituals through which it reproduces and legitimizes heteronormativity and hegemonic masculinity in children in school spaces and into peer groups in the city of Moa, industrial community where the main economic activity is mining and metallurgy, located northeast of Cuba. In this city statistics of gender violence they have an upward spiral since 2010 to the present. Emphasis is placed on the correlation of rituals of daily life and the construction of male identity in childhood, approached from microsociology Goffman for the understanding of the analysis developed rituals used by children. The research helped provide a perspective study from the instrumental ethnographic analysis of where we describe the socializing rituals that strengthen the patriarchal symbolic system by which reproduce their group cohesion, socializing their children within these androcentric standards. The use of dramaturgical methodology Goffman it possible to find the symbolic relationships between children and their peers adults, how they build their masculine identity through a dialectical relationship, in homosocializing spaces where they generate senses in the male groups, producing social representations and these guide the formation of male habitus. Where besides the meaning and definition of the social spaces of the feminine and masculine happens.

Key words: Gender violence, identity, ritual, childhood, school, peer group.

AUTORES

Víctor Hugo Pérez Gallo.

Doctor en Ciencias Sociológicas. Universidad de Oriente.

Correo electrónico: solovictorhache@gmail.com

María Eugenia Espronceda Amor.

Doctora en Ciencias Sociológicas. Universidad de Oriente.

Correo electrónico: meugenia@csh.uo.edu.co

RESUMEN

La presente indagación particulariza en los rituales socializadores mediante los cuales se reproduce y legitima la heteronormatividad y la masculinidad hegemónica en la niñez en los espacios escolares y hacia el interior de los grupos de pares en la ciudad de Moa, comunidad industrial donde la principal actividad económica es la minería y la metalurgia, situada al noreste de Cuba. En esta ciudad las estadísticas de violencia de género tienen un espiral ascendente desde el año 2010 hasta la actualidad. Se enfatiza en la correlación de rituales de la vida cotidiana y la construcción de la identidad masculina en la infancia, enfocado desde la microsociología de Goffman para cuya comprensión se emplea el análisis de los rituales desarrollado por los niños. La investigación contribuyó a aportar una perspectiva de estudio, desde el instrumental del análisis etnográfico donde describimos los rituales socializadores que fortalecen el sistema simbólico patriarcal mediante el cual reproducen su cohesión grupal, socializando a sus hijos dentro de estas normas androcéntricas. El empleo de la metodología dramática de Goffman posibilitó encontrar las relaciones simbólicas entre los niños y sus iguales adultos, cómo construyen su identidad masculina a través de una relación dialéctica, en espacios homosocializadores donde generan sentidos en los grupos masculinos, producen representaciones sociales y estas orientan la formación de los habitus masculinos. Donde ocurre además la significación y delimitación de los espacios sociales de lo femenino y lo masculino.

Palabras clave: Violencia de género, identidad, ritual, infancia, escuela, grupo de pares.

Recibido: 22/07/2016

Aprobado: 31/10/2016

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Desde finales de los años 80 del pasado siglo el análisis de la condición masculina ha ido retomando una gnoseología propia dentro de las ciencias sociales en general y dentro de los estudios de género en particular. Dicha posición tuvo una de sus razones en las críticas de las feministas respecto al parangón naturalizado hombre - humanidad. Las feministas, luego de conceptualizar el género como lo que significase ser hombre o mujer, o lo masculino y/o femenino, y estableciendo que estas desigualdades, a diferencia del sexo, son construidas culturalmente, también configuran nuestra ontología y epistemología, así como las perspectivas desde las que el actor le da sentido a su acción social a partir de sus interacciones simbólicas.

La identidad, comprendida en su sentido más amplio, se entiende como la forma personal que tienen los actores sociales para identificarse y diferenciarse de los y las demás, siendo por tanto un concepto que nos define en tanto somos seres sociales, construida durante los procesos de socialización primaria y secundaria. Al referirnos al proceso de construcción de la identidad masculina necesariamente debemos partir del concepto identidad de género, o sea, de las características particulares adjudicadas a las diversas masculinidades en un momento histórico y/o geográfico determinado y en un contexto sociocultural explícito, en tanto las masculinidades son una construcción cultural e histórica. Estas, al ser construidas, no obedecen a ninguna esencia. El hombre nace, biológicamente hablando, y el varón se forma mediante el complejo proceso de internalización de pautas conductuales, valores, normas, estereotipos, ritos, representaciones e imaginarios que definen al varón en las sociedades modernas. Por tanto las características masculinas no son innatas, sino consecuencias del proceso de

socialización que desde una cultura androcéntrica legitima relaciones de dominación entre los sexos. La identidad, o para ser más exactos, la condición masculina es por tanto un producto social, un resultado cultural modificable mediante la educación no sexista de hombres y mujeres.

Al concepto de género le es consustancial la identidad de género y muestra que los roles y sus estereotipos son construidos socialmente, sin que la base biológica muestre una clara relación con esos roles, por tanto, mediante esa construcción social se le asignan a hombres y mujeres diferentes roles. Existen casos donde las personas están identificadas con un sexo que no es el suyo, o sea que su identidad de género no está relacionada con su sexo: son los llamados transgénero, queer o transexuales.

Luego, entre hombre y mujer existen diferencias biológicas que son naturales y solo modificables mediante complejas intervenciones quirúrgicas. No obstante, según John Money y Anke Ehrhardt (En: Gómez, L. 2009) aun estando las personas sexualmente definidas según su biología, a través de una educación familiar se pueden producir cambios en el niño o la niña, educándolos desde roles femeninos o masculinos, respectivamente. O sea, mediante el proceso de socialización se puede incentivar o constreñir conductas que la sociedad considera adecuadas para cada sexo, teniendo en cuenta que se reproducen y transforman contextualmente y generacionalmente.

A partir de estas premisas nuestro análisis tiene el propósito de contribuir a fortalecer desde un enfoque relacional, contextual, microsociológico y cultural el estudio de construcción de la identidad masculina desde la infancia, fenómeno con una complejidad creciente que se distingue por las polisemias y

tratamiento multidisciplinario que ha tenido durante su desarrollo como objeto de estudio. Empleamos el enfoque dramático y de la ritualización de la cotidianidad (Goffman, 1981), en tanto consideramos que el ritual y el simbolismo tienen gran utilidad analítica para describir los mecanismos de legitimación de los diversos modelos de masculinidades en la vida cotidiana. El rito y la vida cotidiana están muy ligados y constituyen el basamento fundamental en la organización de los pequeños universos, por lo que en nuestra investigación analizamos e interpretamos los principales micro-procesos rituales de homosocialización donde los niños van asumiendo su identidad masculina.

De todas las posturas antes descritas, nos interesa introducir una perspectiva que podríamos considerar como nuevo enfoque para caracterizar las masculinidades, este lo definimos como el enfoque ritual que tendría sus referentes teóricos más cercanos en la dramaturgia de Goffman (1981) y sus rituales cotidianos. Este enfoque nos aportaría un referente cultural de las estrategias rituales que usan los hombres en el proceso de interacción situacional en la vida cotidiana para legitimarse con sus iguales como masculinidades hegemónicas y los procesos que inciden en la construcción de la identidad masculina (Alexander, 1992). En otras palabras, nos daría un orden de la interacción simbólica de las masculinidades desde la perspectiva microsociológica.

Consideramos por otra parte que una teoría sobre masculinidades que integre los niveles macro y microsociales, debería especificar los procesos sociales complejos que operan como intermediarios entre ambos niveles. Generalmente los tipos ideales contruidos por Connell (1997) corresponden a clasificaciones instrumentales de corte macro, que no son suficientes para un estudio de corte micro como el

que nos ocupa. Por tanto, el enfoque ritual, resultado del cruce de la noción durkheimiana de ritual con la concepción dramática de la interacción simbólica de Goffman, nos ayudaría en la construcción de un análisis de la continuidad macro-micro que arranca de los recursos culturales de los grupos de masculinidades y los espacios de homosocialización, los rituales microsituacionales, traduciéndose en una micro-situación estructurada entendible o traducible en máscaras, fachadas y atributos del actor social que este ha internalizado. El nivel macro impone limitaciones y oportunidades a los actores. Estos, en el nivel micro, desarrollan comportamientos e ideologías que a su vez tienen incidencia en la transformación del nivel macro, bajo las lógicas teóricas de los autores que privilegian este nivel de análisis.

El análisis de Goffman, aplicado a los estudios de masculinidades, nos muestra los rituales de interacción que ocurren entre estas, cómo están institucionalizados y los marcos donde organizan su comportamiento los hombres. Por otra parte, puede describir la estigmatización de los hombres pertenecientes a las masculinidades periféricas, las mujeres deportistas y el control social que ejercen las masculinidades hegemónicas sobre estos grupos marginales.

El análisis dramático nos brinda los materiales microscópicos que describen la interacción situacional en la vida cotidiana, lo que aplicado a nuestro objeto de estudio nos daría un orden microsocial de la interacción de las masculinidades.

LA IDENTIDAD MASCULINA EN MOA: ¿MINERÍA Y VIOLENCIA?

La identidad masculina infantil es una construcción compleja que depende de factores sociales y culturales, su análisis implica por tanto caracterizar los

procesos, contextos y discursos donde esta se estructura y reproduce. Es sumamente interesante comprender cómo ello ocurre en un contexto económico sui generis en Cuba: el municipio de Moa.

Moa es un municipio situado al noroeste de la provincia de Holguín. Tiene una extensión territorial de 732.6 Km², de ellos 19 Km² en zona urbana y 713.6 Km² en zona rural, de estos pertenecen al Plan Turquino 573 Km². La densidad poblacional es de 88.8 habitantes por Km², en la zona urbana 2 499.2 habitantes por Km², la rural 10.6 habitantes por Km² y el Plan Turquino 2.9

aunque inicialmente, en los años 50 del pasado siglo XX, la minería del cromo ocupó un sitio preferencial. La actividad minera ha determinado por décadas la vida cotidiana de los habitantes, hombres y mujeres que la habitan. En esta se genera una dimensión sociocultural que se verá invariablemente reflejada en los sistemas simbólicos de género, la educación, la religión y el idioma, por mencionar algunos rasgos.

La minería es una actividad económica singular, masculinizada, que acompaña desde siempre la construcción de una identidad regional. Una lectura de

Imagen 1. Provincia de Holguín en Cuba. Situación del Municipio de Moa. Fuente: Base de Datos del Gobierno municipal de Moa. Año 2015.

habitantes por Km². La población actual es de 72 414 habitantes, corresponden 61 836 a la zona urbana (85.4%) y a la rural, 10 578, 14.6% de ellos en la montaña. Limita al Norte con el Océano Atlántico, al Oeste con los municipios holguineros de Frank País y Sagua de Tánamo. Al Este y Sur con los municipios guantanameros de Baracoa y Yateras.

La actividad económica tradicional de Moa en sus inicios fue la pesca y la silvicultura. En la actualidad es la minería y la metalurgia del níquel su principal sustento,

carácter semiótico y con perspectiva de género sugiere que el hecho de extraer minerales, simbólicamente representa desde sus imaginarios una violación a la tierra madre progenitora de todos los hombres y eso lo hacen los mineros. Astelarra cita a Bacon cuando dice que los hombres habían perdido el control sobre su hábitat al ser expulsados del paraíso, ¿quién era la culpable?, pues la mujer. Pero este poder lo podía volver a tener cuando dominaran la naturaleza, y esta es una obsesión de todas las corrientes racionalistas. El camino para ese sometimiento era la técnica, la ciencia

y la minería. “Los mineros y herreros, junto a los científicos, se convertirían en el nuevo modelo de una clase dinámica y dominante” (Astelarra, 2005:12). Así los ilustrados franceses exaltaron la capacidad de la razón para revelar las leyes naturales y la tomaron como guía en sus análisis desde una perspectiva androcéntrica, que se mantiene predominantemente en la ciencia. Todo lo anteriormente dicho aparece legislado en el convenio número 45 de la Organización Internacional del Trabajo, adoptado el 21 de junio de 1935, que en su artículo 2, establece la prohibición del trabajo de la mujer en las minas subterráneas.

El municipio en la actualidad, demográficamente hablando, tiene la población más joven de Cuba (Oficina Municipal de Estadísticas, 2015). El segmento de esta PEA es de 26 612, donde 486 mujeres y 938 hombres se desempeñan como dirigentes, evidenciándose respecto al poder formal un gran desbalance, ya que los hombres ocupan el 66% de las plazas directivas; pese a que la mayor parte de los técnicos superiores que existen son mujeres, 5 364 (59%), frente a 3 771 (41%), hombres. La mayor parte de los obreros, directamente vinculados a la producción, trabajan en los lugares más riesgosos y difíciles (choferes en la minas a cielo abierto, en la construcción, manejando las máquinas que extraen el mineral, etc.) son hombres 9 492, para un 87% del total mientras que mujeres solo 1 427, para un 13%. Existen más mujeres (2 562, para un 56%) trabajando en el área de los servicios que hombres (2006, para un 44%), y es un resultado lógico de la normatización del sistema patriarcal, donde los servicios generalmente están asociados a labores domésticas tradicionalmente femeninas, como la peluquería, la cocina, la función de camareras en cuarto de hoteles, la atención en restaurantes, etc. La producción mercantil del municipio es mayormente industrial, el 82%, lo que lo convierte

en uno de los municipios más industrializados del país. Investigaciones anteriores (Pérez Gallo, Víctor H., 2013) han aportado que el modelo de educación imperante en la familia moense es básicamente autoritario, desde la autoridad paterna, educando a los menores en normas androcéntricas, no exentas de violencia. La violencia ejercida en el niño es un posible predictor de la violencia futura cuando este desarrolle su vida adulta. Para evitar esto es necesario desde la prevención modificar paulatinamente los métodos educativos, que comienzan desde la relación homosocial del padre con el hijo pero que hunde sus raíces en un complejo imaginario social de lo que debe ser el hombre, que se recrea mediante patrones institucionalizados en la relación hombre- hijo.

Como se observa en la Tabla 1, el predominio demográfico de los hombres en Moa influye en el fortalecimiento de las redes simbólicas de homosocialización y en la existencia de espacios sociales donde estas redes son más fuertes. Esto influye en la legitimación de patrones androcéntricos en la sociedad moense y el fortalecimiento de una ideología de género de corte patriarcal, de una heteronormatividad en una sociedad estructurada desde relaciones asimétricas entre los sexos. Esta asimetría se legitima constantemente por la actividad económica que allí se desarrolla, donde desde las ideologías masculinas se construyen las representaciones colectivas del hombre y la mujer. En otras palabras, la representación de las interacciones cotidianas entre hombres y mujeres, que a la vez es un aparato semiótico, se constituye en una construcción cultural que asigna significados

Esto no quiere decir necesariamente que exista una relación directa entre el fenómeno de la violencia y la actividad económica, pero evidentemente la naturaleza de esta, las características sociodemográficas del lugar

Estadística Demográfica.	
Años	Índice Masculino
2002	105.55
2003	99.86
2004	100.2
2005	100.33
2006	100.42
2007	100.49
2008	100.62
2009	100.43
2010	100.2
2011	100.36

Tabla no. 1. Índice de masculinidad. Fuente: elaboración propia.

Figura 1. Índice de masculinidad. Fuente: Anuario de la Oficina Municipal de Estadísticas de Moa. 2013.

(alto índice de masculinidad, ver Tabla 1 y Figura 1) inciden en el fortalecimiento de las redes homosociales masculinas, que legitiman el modelo de masculinidad predominante.

Existen varios factores que influyen en que la minería y la metalurgia, como especialidades técnicas, tiendan a excluir a las mujeres, y no solo por la histórica división social del trabajo que Engels y Durkheim abordan sino por un conjunto de símbolos, mitos y leyendas ancestrales y modernas que asocian la presencia femenina en la minería con un ente de mala suerte. Los especialistas entrevistados¹ refieren que existe una “cultura minera, rasgo esencial de la actividad minera”, y que esta es masculina netamente, porque “las mujeres son muy débiles para el trabajo en la minería” y que:

Conocemos al menos un caso en la mina La Mercedita, cuando estaba abierta, en la que una mujer bajó y hubo un derrumbe donde por suerte no hubo muertos, después nos enteramos que tenía la menstruación: todo esto da mala suerte (Rodríguez, Bárcenas, 2011: 46).

Yo lo que sé es que las mujeres no deben bajar a la mina, ese un trabajo nuestro: de hombres, además mi abuelo, minero como yo, me decía que ellas debían de estar lejos de la mina porque si no, se derrumban, a mí no me lo creas pero es como que tienen mal de ojo (Rodríguez, Bárcenas, 2011: 48).

Es curioso cómo estas afirmaciones, construidas desde la mitificación del rol de la mujer y la minería a su vez ha influido en la conformación de los imaginarios cotidianos sobre mujeres y esta actividad económica. Gnoseológicamente podemos hablar de la minería como una ciencia exacta donde el desempeño de las mujeres es por tanto menor, ya que ellas son más delicadas y más emotivas, por lo que no pueden hacer la ciencia dura que requiere la minería.

Las prácticas violentas desarrolladas en ámbitos

escolares, familiares o hacia el interior del grupo de pares van construyendo la identidad masculina desde la infancia. Estas se despliegan a través de rituales homosocializadores, conjunto de diversos grupos significantes (signos, máscaras, fachadas, enunciados, objetos sagrados de la cotidianidad).

La construcción social de esta masculinidad no solamente obliga a los niños a alejarse de sus madres, de lo femenino, de su niñez, sino una terrible competencia de desgaste con sus iguales, en un campo de relaciones de poder. A cada niño se le está enseñando a ser competitivo, fuerte, se le inducen a circunstancias donde tiene que reafirmar su masculinidad (agilidad en los juegos, discusiones, habilidades físicas, etc.)

Por tanto, para el fortalecimiento de esta masculinidad el niño necesita legitimar en su imaginario simbólico una serie de espacios de homosociabilidad donde se desarrollarían un grupo de ritos de iniciación masculina, que en muchas ocasiones consistirían en pruebas donde la violencia es el principal ingrediente.

Luego, para el fortalecimiento de la masculinidad hegemónica en la niñez sería necesario delimitarle espacios jerarquizados de poder masculino y de homosociabilidad, enseñarle pautas de conductas y negar todo rasgo femenino de su conducta: esto se realiza mediante los ritos de homosocialización masculina, que integran además las llamadas “pruebas de virilidad” (Badinter, 1995) que ellos se ven constreñidos a desarrollar en diferentes ámbitos: escolares, familiares y hacia el interior de los grupos de pares.

En la niñez la masculinidad y la feminidad se construyen en tanto se relacionan socialmente y son aprehendidos a través de la cultura que comunica representaciones de lo masculino y lo femenino a través de los

1 Los especialistas a los que hacemos referencia son catedráticos del Departamento de Ingeniería en Minas de la Universidad de Moa.

estereotipos. Precisamente en la niñez su yo está orientado y signado desde las prácticas educativas heteronormativas de los sujetos adultos.

Esta construcción de la identidad masculina se ve fortalecida por rituales de homosocialización entre padres e hijos, mirándose estos como prácticas sociales simbólicas que tienen por objeto legitimar y recrear un tipo de masculinidad que es la dominante. Una visita al juego de béisbol, la visión de los deportes de combate por la TV, la admiración de los adultos por el tamaño del órgano genital del niño, construye esta identidad masculina

En el trabajo de campo desarrollado se ha observado que los rituales de homosocialización entre niños y hombres adultos están institucionalizados desde las representaciones colectivas de lo que debe hacer un padre, y una de sus funciones es precisamente regular la educación de los niños respecto a las niñas y sus semejantes. Goffman los llama “rituales de la cotidianidad” (1993: 339).

Los rituales de homosocialización masculina establecen un camino, una unión entre los niños y la sociedad patriarcal donde van a vivir, permite que se comunique socialmente, de otra forma sería imposible porque como individuos solo pueden trascender socialmente mediante estas representaciones masculinas².

Evidentemente los rituales de homosocialización masculina son parte de la vida cotidiana de niños y hombres, o sea que la estructura de la vida cotidiana está formada por estas ritualizaciones que rigen los discursos, actos y gestos masculinos. Por tanto los

rituales de homosocialización masculina se desarrollan como la cultura internalizada, proyectada, desde los tipos ideales de lo que es el deber ser masculino. Los niños aprenden la capacidad para presentar actuaciones convincentes ante sus compañeras y compañeros, y su expresión en los discursos, el control de las emociones, el gesto airado de ofensa, la agresividad propia de los varones. Los rituales van configurando su vida cotidiana y construyendo su máscara, su cara social masculina, que le ha sido atribuida socialmente y de la que debe hacerse merecedor, bajo riesgo de perderla.

Las representaciones de la masculinidad hegemónica en Moa parten de representaciones colectivas que expresan realidades colectivas; se considera al hombre como un ser rudo, intolerante, sexual, homofóbico, pero que a su vez está muy relacionado con la principal actividad económica que se desarrolla allí: la minería y la metalurgia. Los hombres trabajan por turnos de trabajo, grupos generalmente masculinos, donde las estrategias y lazos de homosocialización son más fuertes y, por tanto, los ritos se constituyen en maneras de actuar que no surgen sino al interior de estos grupos de hombres, y que están destinados a mantener o rehacer representaciones colectivas de ese grupo relacionadas con la masculinidad y la heteronormatividad.

El proceso de construcción de una identidad masculina infantil en Moa está constituido por tanto de rituales de homosocialización como de rutinas cotidianas. Por tanto, la construcción de dicha identidad se comprendería entonces como un sistema de significación ritualizado compuesto por representaciones y prácticas simbólicas de las masculinidades hegemónicas.

²Sobre esto queremos añadir que: “[...] el hombre es doble. En él hay dos seres: un ser individual, que tiene sus raíces en el organismo y cuyo círculo de acción se encuentra, por esta razón, estrechamente limitado, y un ser social, que en nosotros representa la más elevada realidad, sea en el orden intelectual que en el moral, que nos es dado conocer por medio de la observación: me refiero a la sociedad. Esta dualidad de nuestra naturaleza tiene como consecuencia, en el orden de la práctica, la irreductibilidad de la razón a la experiencia individual. En la medida en que es partícipe de la sociedad, el hombre se supera naturalmente a sí mismo, lo mismo cuando piensa que cuando actúa”. (Durkheim 1975: 21)

En los dibujos se advierte la percepción que tienen los niños de sus roles de género en su entorno familiar. Los dibujos denotan en general que sus familias, sean extendidas o nucleares, son familias muy tradicionales respecto a sus roles, muestran que las madres están en la casa realizando labores domésticas y el padre en la vía pública; o la madre regando un jardín y el padre en el espacio laboral.

RITUALES DE HOMOSOCIALIZACIÓN PRIMARIA

Para abordar la construcción de la identidad masculina desde la infancia tomamos como base el examen de los rituales de homosocialización que desarrollan en ámbitos familiares, escolares y hacia el interior de los grupos de iguales. Estos ritualizan estereotipos de género a través de los cuales se estructuran y se reproducen a partir de la socialización e internalización, patrones heteronormativos en los niños y niñas.

Estos rituales homosocializadores son en su mayor parte ritos de paso (Van Gennep, 2008) que reproducen, cohesionan y dan sentido al proceso de construcción de las masculinidades. Estos tienden a renovar de un modo pautado estructuras que marcan socialmente la transición de un estado previo a otro estado posterior. Ocurren en diferentes espacios sociales que prescriben a los niños que se van a convertir en hombres, constituyendo una forma de comunicación no verbal, aunque incluya discursos en su desarrollo, ya que fundamentalmente son vehículos que contienen contenidos culturales que los actores sociales consideran importantes para orientarse simbólicamente en la sociedad, convirtiéndose en estructuras estructurantes de sentido.

Los rituales homosocializadores que ocurren hacia el interior de estas instituciones socializadoras son significativos para entender la construcción de la

identidad masculina infantil, su legitimación, funcionamiento y reproducción, no obstante, reconocemos que no son los únicos factores influyentes en tal construcción. Muchos de estos rituales se reproducen, teniendo prácticamente las mismas características en varios de los ámbitos mencionados y a la vez están relacionadas dialécticamente en su reproducción social, visto en su complejidad desde la relación familia-escuela- grupo de pares.

I- Lúdicos:

Estos reproducen en la escuela los juegos genéricos enseñados en la familia, reforzando así por las posturas androcéntricas de las maestras. La escuela, institución socializadora por excelencia, reproduce y fortalece los hábitos masculinos internalizados desde la familia.

II- De control de la masculinidad/feminidad:

Las maestras proponen una definición de la situación genérica que presenta cierta estabilidad, y que cohesionan la interacción masculina/ femenina, controlando los niños y niñas que tengan, en su opinión, posibilidades de desviarse de los roles masculinos y femeninos aceptados socialmente, y considerados como válidos. En esta etapa de la infancia el único modelo de masculinidad aceptado, tanto por la familia como por la escuela es el hegemónico, por lo que todos los mecanismos de control van encaminados a evitar la desviación de este. Las maestras son tolerantes frente a las peleas entre niños

Maestra: Si se fajan dos niños, voy y los separo y los castigo, les digo que no deben de fajarse y luego se lo comunico a los padres, pero he tenido casos en el padre, cuando se lo digo se sonríe, y dice que eso es bueno, que aprenda a defenderse, y a veces me han dicho cosas parecidas frente a los niños, lo que me destruye toda mi castigo educativo, porque la escuela no es lugar para fajarse. (EM.4)

¿La escuela no es lugar para fajarse?, en el discurso de la maestra se nota la tolerancia por la violencia hacia los niños, pese a que ella no está de acuerdo con el padre, por lo que ha dicho, sobre todo no está de acuerdo porque lo dice frente al niño ya que la violencia física entre pares en la escuela no está permitida, pero si lo hacen fuera, pues se tolera un poco. No así las peleas de las niñas, por lo que el medio y la fachada personal de niños y niñas van siendo contruidos según este modelo (Pregunta 3, EM.1, EM.3, EM.4).

Maestra: Las niñas discuten muy poco porque son niñas, pero cuando lo hacen yo me les acerco con delicadeza y les digo que no deben discutir ni fajarse, que las niñas buenas no hacen eso, que ¿quién ha visto una niña fajándose? (EM 4, EM. 5).

La interacción corporal entre los niños es más intensa que entre las niñas, ya que en las peleas y los juegos en equipo de los niños se introduce en el grupo de iguales nociones de colaboración, solidaridad, protección, igualdad, y control del espacio. Para las niñas es todo lo contrario ya que en su interacción simbólica, entre ellas y con sus familiares y maestras, la construcción de su identidad se sigue relacionando con la esfera familia, la esfera doméstica para la que el cuerpo femenino está más preparado que para los deportes. (EM.2, EM.3, EM.9).

Niño: En el receso cuando nos ponemos a jugar futbolito o bolas, ellas se ponen a hablar de sus cosas en una esquina, donde hay sombra. E.3.

Lo comprendido teóricamente por máscaras y fachada aunque comienzan a desarrollarse en edades tempranas, se ha observado que es a partir de los 5 años cuando son más evidentes, debido a que los niños y niñas comienzan a visibilizar más los roles de género que desarrollaran en sus vidas adultas.

Imagen 2. Niño jugando a ser médico y la niña enfermera. Fuente: autores

III- Ritos de Interacción hacia el interior de los grupos de pares:

a) Ritos espaciales -jerárquicos

Los niños tempranamente comprenden la jerarquización de los espacios, no solo hacia el interior de las familias, sino hacia el interior de los mismos grupos. En los juegos *el rey, el jefe de la mafia, el jefe de los ladrones, el médico jefe, el zapatero mafioso* van a tener siempre un espacio privilegiado sobre los demás, y van a mostrar su poder mediante una máscara expresiva, digamos una apriorística cara social que le ha sido atribuida por sus iguales y cuyo rol debe de cumplir en el momento lúdico, y que le puede ser quitada, arrebatada si no resulta digno de ella: desde pequeños comprenden que la fachada que implica respeto al conocimiento, el arrojo, la fuerza, es un elemento que deben cuidar, fortalecer y reproducir. El reconocimiento de esto reproduce dramas sociales de corte macro en sus juegos.

Niño: “Pues cuando jugamos a los vikingos casi siempre el rey es M., porque es el más alto, el rubio y sabe lucha” (E.3).

Niño: “Le decimos Maradona porque es un monstruo con el balón de fútbol: es el mejor” (E.6)

La conducta ritual en niños estaría sobre la capacidad de estos en sus encuentros cara a cara, en jerarquizar espacios y tiene que ver con reglas de etiqueta grupal y atributos físicos (más alto, rubio) y competencias (conocimiento de artes marciales, habilidades para el fútbol, etc.), por tanto, podemos decir que los rituales de homosocialización están relacionados con procesos de comunicación y estratificación hacia el interior del grupo de iguales, siendo este un proceso comunicacional y no instrumental, ya que el ritual transmite, construye y transforma gradualmente según generaciones y género, información significativa para el resto de los chicos, y es continuo y reiterativo, convirtiéndose en lo que Collins, acertadamente, denominaría “cadenas rituales de interacción”(1996: 24).

b) Rituales de las microdistinciones hegemónicas y subordinadas en los niños

Estos rituales legitiman y subrayan las diferencias hacia el interior del grupo de niños, siendo catalogados algunos niños por sus pares en flojos, mariquitas, cuatros ojos, mataíto (E.1, E4., E.5). Estas categorías expresan diferencias de orden físico, competencias deportivas, aptitud ante el estudio. En la escuela estas jerarquías se refuerzan y se ritualizan una vez más.

Maestra: Pues yo tengo niños en 6to grado que son muy regados y que no estudian nada, y tengo dos que son muy buenos, y cuando hacen la tarea muy bien les digo a los demás varones que tiene que aprender de ellos, que hasta cuándo van a seguir así sin estudiar. (EM.4).

Niño: Pues los que estudian mucho son unos mataítos, porque serán muy buenos en las clases pero son malos jugando pelota, no tienen tirapiédras y cualquiera les coge la baja. Y ni ayudan a uno porque estábamos haciendo una prueba de español y le dije a Y. que me dijera la 2 y no lo hizo, por eso lo esperé afuera a las 4 y media y le rompí los espejuelos, pa’ que aprendiera. (E.12).

Estas distinciones son legitimadas en la vida cotidiana de estos niños, donde generalmente el que estudia es el que se enferma siempre, el que anda muchas veces con las niñas, el niño más limpio del aula (E.9, E.3, E.10), poseyendo rasgos que para el resto de los iguales son considerados como femeninos. La construcción de estas distinciones infantiles (máscara y fachada) está construida desde la violencia física esencialmente porque:

Niño: Si te cogen miedo no te dicen nada y se hacen tus amigos. A mí en quinto grado todos los días había uno que me cortaba los cordones de los zapatos y me comía o escondía la merienda, después fueron dos o tres los que lo hacían y yo regresaba llorando a mi casa, no se lo decía a papi porque me daba miedo y mi mamá habló con la maestra dos o tres veces, hasta que un día se lo dije a mi tío y él dijo que si yo era maricón, que cuando el muchacho fuera hacerme eso que le diera con una piedra, un palo o lo que fuera. Y al otro día cuando fue a cortarme los cordones le di con una piedra que había recogido y me llevaron a la dirección, pero no me lo hizo más y hoy es amigo mío. (E. 5).

Es un claro ejemplo de la violencia como proceso legitimador de la masculinidad, y hacia el interior de estas de las distinciones: un hombre que no sea violento en determinado momento cuando deba

hacerlo, no correspondería al selecto grupo hegemónico, sino periférico, o subordinado, o complaciente. Con independencia del objeto con se golpea, lo fundamental es imponer respeto a su condición masculina, o la confirmación de su homosexualidad, su acercamiento a lo femenino, a lo vaginal, a lo destrozable. Al hacerse natural la violencia a través de la enseñanza homosocial del tío, las diferencias dentro del grupo de niños se tornan incuestionables. La ideología así construida e internalizada se reconoce de tal forma que posteriormente ya no existe la necesidad de coerción por parte del familiar masculino, pues la violencia, que es tomada como natural, ya no es objeto de discusión.

En los rituales de homosocialización masculina que se desarrollan en el ámbito familiar, escolar y del grupo de iguales muestran que estos tienen una dinámica interna dependiente de las edades de los niños, del número de rituales que suceden a la vez y que se superponen y de los espacios donde se desarrollan. En la familia se recrean rituales que luego se refuerzan en la escuela, permitiendo que niños y niñas internalicen contenidos cognitivos referidos a su sexualidad, su cuerpo y el espacio que ocupan en la sociedad, junto a la acción social, que podrán desarrollar en esta.

Mediante los rituales de homosocialización se legitima una cosmovisión genérica del mundo, una partición de espacios en femeninos y masculinos, que se constituye en cualidades, trabajos, profesiones, juegos, diferenciados para niños y niñas, y reforzando la reproducción de estereotipos en estos y sus familiares.

En otras palabras que el aprender a ser hombre en una comunidad minera implicaría, con más énfasis que en otros lugares, ser hombre, marcado por la aspereza y la negación de la emotividad, que se consideraría

femenina. En estos espacios de homosocialización, entre iguales, sean hombres o niños, lo que prevalece son rituales de legitimación de la masculinidad, a través de discursos soeces, significados sexuales, chistes machistas, noticias deportivas, etc.

En consecuencia, desde la infancia los niños van internalizando valores que sostienen la desigualdad entre los hombres y mujeres, y legitiman las desigualdades de género que existen en la sociedad. El poder masculino que se recrea en esos espacios laborales de homosocialización legitima, la representación social de la mujer como poco productora en comparación con los hombres que realizan el trabajo duro.

La construcción de la identidad masculina de los niños al basarse en la internalización de normas, símbolos, signos, recreados y legitimados ritualmente está cargada de emociones específicas que conformarán la personalidad futura del individuo, además de contenidos culturales que se compartirán socialmente dentro del grupo de iguales, dotando de significado la vida social, donde hombres y mujeres, ocupan espacios y roles diferentes, aprendidos desde la niñez.

CONCLUSIONES

Los espacios de homosocialización laborales en Moa incluyen en sus interacciones simbólicas las diferencias de género, donde las mujeres son subordinadas simbólicamente a los hombres, y esta discriminación condiciona la construcción de una identidad masculina sui geneis en un contexto minero, producto de las prácticas sociales y culturales que se desarrollan en este.

La minería y la metalurgia son prácticas económicas

muy generizadas, ello implica que el escalafón social entre hombres y mujeres se encuentre legitimado y reforzado incluso en la cultura organizacional. En estos espacios económicos, culturales y políticos dominados por los hombres, sus prerrogativas se reflejan a través de una diferenciación funcional del trabajo por género que se extiende luego a la familia.

El alto índice de masculinidad influye en el fortalecimiento de las estructuras simbólicas de interacción de las masculinidades hegemónicas, y sus procesos de reproducción de la hegemonía androcéntrica.

La construcción de la identidad infantil ocurre a través de rituales de homosocialización masculina donde se construyen, recrean y legitiman modelos de masculinidades que el niño desempeñará en su vida cotidiana de adulto. Las niñas están desterradas de dichos rituales, de hecho es tabú su participación en la mayoría de estos.

Los rituales homosocializadores son procesos normalizados en el tiempo y cuyas unidades más pequeñas son objetos simbólicos y aspectos estructurados de la conducta simbólica de los hombres. Y en las familias, niños y escuelas estudiadas estos reproducen y legitiman prácticas patriarcales que contribuyen a construir una identidad de género en niños y niñas basadas en la inequidad y la violencia, pautando valores que orientaran su acción social futura.

REFERENCIAS

Alexander, Jeffrey C. (1992). *Las Teorías Sociológicas después de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Editorial Gedisa.

_____ (2005). *Formas de clasificación*

en las sociedades complejas. España: Editorial Anthropos.

Astelarra, J. (1988) "El patriarcado como realidad social". En: *Mujer y Realidad Social*. Bilbao: Edit. Universitaria del País Vasco.

_____ (2005) *¿Libres o iguales? Sociedad y política desde el feminismo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Colombia: Editorial Norma.

Connell, R.W. (1997) *La organización social de la masculinidad*. Masculinidades: Poder y Crisis. Madrid: McGraw- Hill.

Collins, Randall. (1996) *Cuatro tradiciones sociológicas*. México: Editora UAM-Iztapalapa.

Durkheim, E. (1967) *De la División del Trabajo Social*. Buenos Aires: Edit. Shapire.

Goffman, Erving. (1961). *Interaction Ritual*. Nueva York: Edit. Doubleday Anchor Books.

_____ (1961). *Encounters: Two studies in the Sociology of Interaction*. Nueva York: Edit. Doubleday Anchor Books.

_____ (1969). *Strategic Interaction*. Pennsylvania: University of Pennsylvania.

_____ (1979). *Relaciones en Público*. España: Alianza Editorial.

_____ (1981). *La presentación de la persona*

en la vida cotidiana. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
Pérez Gallo, V. (2011). "La Etnometodología como herramienta para los estudios de género: análisis del discurso de las masculinidades". En: Contribuciones a las Ciencias Sociales. Universidad de Castilla La Mancha. España. Mayo 2011.41-46

_____ (2011). "Algunas contradicciones epistemológicas de los estudios de las masculinidades en Cuba: el contexto minero metalúrgico de Moa, Estudio de caso". En: Praxis Sociológica. Universidad de Toledo. España. Febrero. 2011.21-24.

_____ (2013). La Etnometodología aplicada a los estudios de género. Rompiendo silencios. Lecturas sobre Mujeres, Géneros y Desarrollo Humano ISBN 978-959-7217-29-9. La Habana.

_____ (2013) "El Enfoque performativo de las masculinidades: Estudio de caso en Moa". En: Trabajo Social sin Fronteras, Universidad de Colima. ISSN: 2007-6983. México, Diciembre. 2013. 31-36.

Rodríguez Bárcenas, Mirian. (2011) Un acercamiento a los principales mitos, leyendas y términos lingüísticos que forman parte de las tradiciones mineras del cromo en el poblado de Punta Gorda. Tesis en opción al título de Licenciada en Estudios Socioculturales. Instituto Superior Minero Metalúrgico de Moa, 2011.67 h

Citar este artículo como: Pérez, V. & Espronceda, M. (2017). "La construcción ritual de la identidad de género en la infancia: estudio de caso en Moa, Cuba". En: Revista La Tercera Orilla (18). Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga.